

Tema 1

Filosofía y Ciencia.

1.- EL ORIGEN DE LA FILOSOFÍA.

La Filosofía surge en Grecia, en un proceso que abarca desde el siglo VIII a.c. hasta más o menos el siglo III a.c. y que tradicionalmente recibe el nombre de “paso del mito al logos”. Desde un principio los griegos intentaron dar explicaciones a la Naturaleza que les rodeaba, buscar las causas últimas de aquellos fenómenos naturales que no comprendían. En su origen, esta explicación estaba fundamentada en mitos, en historias o leyendas más o menos fantásticas cuya característica principal reside en que basan la explicación de la naturaleza en instancias externas y superiores a la propia naturaleza, como el capricho de los dioses o los designios del destino.

En el siglo VIII a.c. se empieza a producir un cambio en las condiciones económicas de la Grecia Clásica y el comercio empieza a cobrar importancia frente a la economía agraria tradicional. Es en este momento cuando las viejas explicaciones mítica empiezan a dejar de tener valor. Si los fenómenos que afectaban a la agricultura, como el cambio de las estaciones o las variaciones del clima, se podían entender remitiéndose a una explicación mítica, el desarrollo del comercio implica una serie de características- descubrimiento de rutas comerciales, conocimiento de los mecanismos de navegación, control sobre el clima para no perder las mercancías, que exigen la búsqueda de nuevas causas. Causas que se encuentren dentro de la propia naturaleza y que puedan así ser controladas por el hombre. Surge así el logos como un nuevo intento de explicación de la realidad.

Aunque el término “logos” en griego significa específicamente “palabra” o “lenguaje” para los antiguos griegos en este concepto se reunían al menos tres significaciones distintas y relacionadas. En primer lugar “logos” significa “orden de la realidad”. La naturaleza tiene un orden, está sometida a unas leyes que se dan dentro de sí misma, que son necesarias, es decir, que siempre se dan y que no dependen de los caprichos de ningún ser superior. Una segunda significación de “logos” es “razón”. Las leyes naturales son racionales. Esto significa, en primer lugar, que pueden ser conocidas por el ser humano, no son leyes incognoscibles determinadas por un entendimiento divino. Y en segundo lugar que el ser humano puede controlar la naturaleza, precisamente porque puede conocer las leyes que la rigen. Por último “logos” adopta la significación tradicional de “lenguaje”. Las leyes naturales no sólo

pueden ser conocidas por medio de la razón, también pueden ser expresadas a través del lenguaje, lo que permite que el conocimiento de la naturaleza no sea un conocimiento exclusivo de un individuo, sino que se convierta en un saber universal al ser traducible a los términos del discurso humano.

2.- LAS DIVERSAS CONCEPCIONES DEL CONOCIMIENTO FILOSÓFICO.

A) El conocimiento entre los griegos.

Para los filósofos griegos la preocupación filosófica se centraba no tanto en el conocimiento como en la realidad. El conocimiento no tenía valor por sí mismo y tan sólo era un instrumento que permitía la relación del ser humano con la realidad que le rodeaba. Así, Platón considera la existencia de dos mundos: un mundo sensible y un mundo inteligible. El mundo sensible es en el que habitan las cosas particulares. No es la auténtica realidad sino una copia de ésta y puede ser conocido por medio de los sentidos. Como no es un mundo real, sino tan sólo aparente, su conocimiento no puede ser verdadero. Es por ello que Platón considera que los sentidos no nos ofrecen un auténtico conocimiento de la realidad. El conocimiento sensible no es episteme (ciencia), sino doxa (opinión).

Frente al mundo sensible se sitúa el mundo inteligible. En el mundo inteligible habitan las Ideas o las esencias de las cosas particulares y en este sentido dice Platón que el mundo inteligible es causa del mundo sensible. El mundo inteligible es la auténtica realidad para Platón, el modelo sobre el que se establece el mundo sensible. El mundo inteligible sólo es captable por medio de la inteligencia, a través de la intuición intelectual, de ahí que Platón considere que este conocimiento intelectual es el único que puede proporcionarnos la verdad. Habría que añadir –para evitar confusiones fáciles– que el mundo inteligible no es un lugar físico, no es un mundo que ocupe un espacio sino un constructo intelectual, que se sitúa en la inteligencia de cada uno de los seres humanos.

Aristóteles, el discípulo más destacado de Platón, va a considerar, al contrario que su maestro, que el conocimiento privilegiado es el conocimiento a través de los sentidos, y ello porque el único mundo que tiene existencia real es el mundo sensible. A partir de ahí Aristóteles va a considerar que la auténtica realidad son los entes que habitan este mundo y que se constituyen como sustancias. Todos los entes tienen en común la existencia, de ahí que Aristóteles considere que el objeto último de la Filosofía (lo que él llamaba Filosofía primera) ha de ser el conocimiento de aquello que hace posible tal existencia o Ser

Lo primero que Aristóteles va a descubrir es que el Ser consiste en movimiento. Esta idea es totalmente contraria a la concepción de Platón para quien el movimiento formaba parte del mundo sensible y por lo tanto era una simple apariencia. En realidad, la consideración de la inexistencia del movimiento proviene ya de los primeros filósofos presocráticos, y en concreto de Parménides. Según Parménides lo único que existe es el Ser o la existencia y el No Ser (la no existencia o la nada) no existe. Sólo hay Ser y no hay No Ser. Parménides dice que el Ser es y no puede ser No Ser y el No Ser no es y no puede ser Ser. Ahora bien, el movimiento consiste precisamente en un paso del Ser al No Ser. Algo se mueve o cambia cuando deja de ser lo que es y pasa a ser otra cosa. Pero como el No Ser no es y no puede ser Ser, de ahí deduce Parménides que el movimiento no tiene existencia real.

Este es el problema al que ha de enfrentarse Aristóteles a la hora de explicar la realidad del movimiento. ¿Cómo es posible que se de esta transición del Ser al No Ser?. Centremos la cuestión. Aristóteles sabe que el movimiento existe, porque lo capta por medio de sus sentidos que son los que otorgan el conocimiento verdadero del único mundo real. Lo que debe hacer es explicar cómo es posible este movimiento. Lo que va a hacer Aristóteles para solucionar este problema es introducir entre el Ser y el no ser una nueva instancia: un No Ser relativo. De esta forma va a decir que el movimiento consiste en un paso de la potencia al acto. La potencia es aquello que un ente no es aún, pero puede llegar a ser. El acto es aquello que un ente es efectivamente. Mientras que el acto es Ser, la Potencia es No Ser relativo. Es aquello que aún no es (No Ser) pero puede llegar a ser, de tal manera que en su No Ser ya está inscrito el Ser. Por eso, el movimiento sigue siendo paso del No Ser al Ser: del No Ser relativo de la potencia al Ser del acto.

Aristóteles va a decir que para que se produzca un movimiento es necesario que exista una causa que lo provoque. De esta manera va a desarrollar su teoría de las causas, que son aquello por lo que es posible la existencia de los entes. Según Aristóteles en la existencia de todo ente se dan cuatro causas distintas. Una causa eficiente, que es aquella que pone la existencia efectiva en el ente; una causa material, que es la materia de la que está compuesto un ente; una causa formal, que es la forma que adopta esa materia, y una causa final, que es la finalidad a la que tiende el ente. Para explicar su teoría de las causas Aristóteles utilizó el ejemplo de la estatua, según el cual la causa eficiente de una estatua sería el escultor que la realiza, la causa material, la materia de la que está hecha –el bronce, el mármol, etc-, la causa formal el modelo que sirve al escultor para realizar la estatua –Sócrates, Pericles, etc.-

y la causa final la finalidad por la que se ha realizado la estatua –exaltar al personaje o crear belleza, por ejemplo.

b) El conocimiento en la época moderna.

Durante la Edad Media y el Renacimiento la cuestión del conocimiento filosófico siguió los parámetros marcados por la Filosofía griega, hasta el siglo XVII, que es cuando comienza la época moderna en Filosofía –la llamada “modernidad”-. En la época moderna esta cuestión va a dar un giro radical. Ya no se trata de saber qué es la realidad, sino de saber cómo conocemos la realidad. De esta forma el objeto fundamental del pensamiento moderno no va a ser la naturaleza, sino la reflexión sobre el propio conocimiento.

Con respecto a este problema podemos encontrar en esta época tres posturas predominantes: aquella que considera que todo nuestro conocimiento se origina en la razón –racionalismo-, la que considera que todo nuestro conocimiento tiene su origen en los sentidos –empirismo- y una tercera postura que intenta unir o conciliar las dos anteriores –la filosofía crítica o kantismo-.

El racionalismo aparece en el continente europeo y su idea central es que todo el conocimiento tiene su origen en la razón. Es por ello que el conocimiento humano no tiene límites: la razón es capaz de conocerlo todo siempre y cuando siga un método adecuado. Por otro lado, si el conocimiento se fundamenta en la razón lo que el ser humano conoce son ideas, no objetos. De esta forma se posibilita el que se pueda dudar de la realidad externa al entendimiento.

El principal racionalista es René Descartes –aunque también pertenecen a esta corriente autores como Leibniz, Spinoza o Malebranche-. Descartes va a partir de la idea de que para llegar a una verdad absoluta es necesario dudar de todo aquello de lo que sea posible dudar. Cuando hallemos algo de lo que no sea posible dudar entonces estaremos ante una idea clara y distinta, una intuición, y ésta será la verdad que se está buscando. De esta forma Descartes va a establecer un proceso en el cual pone en duda todas las verdades que creía conocer. Es la llamada duda metódica, que se fundamenta en cuatro hipótesis. En primer lugar Descartes va a dudar de todo aquello que capta por medio de los sentidos. Si alguna vez los sentidos me han engañado, arguye, es posible que me estén engañando siempre, por lo cual no puedo asegurar que aquellas ideas que recibo a través de éstos sean ideas verdaderas. Con esto Descartes se queda sin mundo. En segundo lugar establece la hipótesis de la no distinción entre la vigilia y el sueño. Aunque los sentidos me engañen acerca de aquellas cosas que son exteriores a mi cuerpo, piensa Descartes, hay de lo que en principio parece que no se puede dudar y son los estados internos del cuerpo que no

se captan por medio de los sentidos, como el hambre, el miedo o el dolor. Ahora bien, sigue diciendo, a veces ha ocurrido que estando soñando he sentido estas cosas con la misma fuerza que si estuviera despierto. Es posible suponer, entonces, que cada vez que sienta algunos de estos estados esté dormido en lugar de despierto. No hay nada que me asegure que no vivo en un continuo estado de sueño. Descartes, por lo tanto, tampoco puede estar seguro de la existencia de su propio cuerpo. En tercer lugar, afirma nuestro autor que hay cosas que siguen siendo verdad esté yo dormido o despierto, como las verdades matemáticas. Que dos más dos son cuatro en verdadero siempre, independientemente del estado del sujeto que enuncia esta verdad. Aún así, Descartes se plantea lo siguiente. Puede ocurrir que Dios –del que todavía no conozco su verdad- sea un ser malvado que se complace en engañarme y me haga creer que las verdades matemáticas son ciertas cuando no lo son. Esta es la hipótesis del Dios engañador que levantó una gran polémica en su época. Quizás por ello, Descartes se ve obligado a introducir una cuarta hipótesis de duda. Si Dios existiera no podría ser malo, pues por definición es un ser absolutamente perfecto y la maldad es una imperfección. Ahora bien, eso no quita para que no exista un genio maligno de extraordinario poder que se dedique a engañar a la mente humana en lo referente a las verdades matemáticas. Es la hipótesis del genio maligno. Que también levantó –y levanta aún- enconadas disputas. Hay que tener en cuenta que la duda de Descartes no es una duda real. La duda viene exigida por su método, que exige a su vez encontrar una verdad de la que no pueda dudar. Es por ello una duda metódica, pero no una duda real.

Una vez llegado a este punto Descartes se ha quedado sin ninguna verdad de las que hasta entonces consideraba ciertas y seguras. No puede asegurar la existencia del mundo, ni la de su cuerpo ni siquiera la de las matemáticas. Aún así, Descartes se da cuenta de que hay algo de lo que no puede dudar de ninguna de las maneras, y es de que está dudando. Si duda, piensa y si piensa existe. Esta es la primera verdad clara y distinta, la primera intuición sobre la que se van a edificar el resto de los conocimientos: “pienso, luego existo”. Descartes intuye así su propia existencia: si pienso, necesariamente tengo que existir. En un principio, por lo tanto, la existencia consiste sólo en pensamiento. Yo soy una cosa que piensa. Una res cogitans. La llamada substancia pensante.

A partir de aquí Descartes va a deducir el resto de las verdades que la razón puede conocer. Como lo único que existe es el pensamiento, cualquier otra verdad tiene que partir del contenido de ese pensamiento. Descartes nos va a decir que el contenido del pensamiento son las ideas y que pueden encontrarse tres tipos de ideas:

ideas adventicias, que son aquellas que provienen (advienen) de los sentidos, pero puesto que los sentidos nos pueden engañar, sobre este tipo de ideas no se puede establecer ninguna verdad; ideas facticias, que son aquellas que la imaginación fabrica (factum), uniendo dos o más ideas adventicias con lo cual nos encontraríamos en la situación anterior; e ideas innatas, que son aquellas ideas que surgen en la propia razón sin necesidad de ayudas externas. Es sobre estas ideas, que son productos puros del pensamiento, y por tanto siempre son verdad, de las que van a partir el resto de los conocimientos verdaderos.

Descartes asegura que una de las ideas innatas es la idea de infinito. Ahora bien, la mente humana es finita, por lo que no puede fabricarse ella sola la idea de infinito. Es necesario que exista, por lo tanto, un ser infinito que haya puesto en la razón humana esa idea. Ese ser es Dios, con lo cual Descartes asegura de esta forma su existencia. Es la llamada “res infinita” o sustancia infinita.

Como Dios existe, es infinitamente perfecto y bueno, y por lo tanto no me puede engañar acerca de la existencia el mundo que veo a mi alrededor. Ahora bien, aunque Dios no me pueda engañar mis sentidos si que pueden hacerlo. Es por ello que Dios asegura la existencia del mundo, no la forma en la que yo veo el mundo. La existencia de las cosas exteriores a mi consiste en ocupar un espacio, es decir, en tener una extensión. De esta forma Descartes afirma que Dios asegura la existencia del mundo como extensión. Es la tercera de las sustancias: la “res extensa” o sustancia extensa. Así, a partir de la razón, Descartes asegura la verdad de todo aquello que se conoce: el yo, como sustancia pensante, Dios, como sustancia infinita, y el mundo, como sustancia extensa.

El empirismo surge en las Islas Británicas a la misma vez que el racionalismo lo hace en el continente europeo. Su idea central es que todo nuestro conocimiento se origina en nuestra experiencia sensible (empiría). La mente humana es un papel en blanco –una *tabula rasa*– que es necesario ir llenando con los conocimientos que nos aportan los sentidos. No existen, entonces, ideas innatas. Si todo el conocimiento se origina en la experiencia eso significa que el conocimiento humano tiene unos límites, aquellos que están marcados por la propia experiencia sensible. No será posible conocer aquello de lo que no se pueda tener experiencia sensible.

Aunque el iniciador oficial del empirismo es Locke, su principal representante es David Hume. El eje del pensamiento de Hume es que todo nuestro conocimiento se compone de percepciones, y que cualquier idea que podamos tener es una copia de una impresión. De esta forma, siempre que tengamos una impresión, tendremos una idea, y allí dónde encontremos una idea será necesario buscar la impresión que la

causa. A partir de estas concepciones Hume va a emprender una crítica radical contra el principio de causalidad. ¿Por qué contra este principio?. Porque Locke, aún negando las bases del racionalismo, había asegurado que era posible conocer al yo, a Dios y al mundo a partir del principio de causalidad. Hume considera que este principio se fundamenta en la idea de conexión necesario. Es decir, que entre una causa y su efecto existe una conexión, que siempre se da, que hace que a una causa siempre le siga un efecto. Hume va a analizar el contenido de esta idea de conexión necesaria partiendo de su concepción de que toda idea es copia de una impresión. Puesto que tenemos esa idea de conexión necesaria es necesario buscar la impresión de la que procede. Ahora bien, de lo único que tenemos impresión sensible es de una causa a la que le sigue temporalmente un efecto. Sólo captamos por los sentidos la causa y el efecto, pero no la conexión necesaria que existe entre los dos. A pesar de todo tenemos la idea, y por lo tanto debe de existir una impresión que la cause. Hume va a decir que esa impresión es la costumbre. Estamos acostumbrados a que siempre que ocurre una determinada causa le sigue un determinado efecto, y eso hace que tengamos la creencia de que en el futuro, cuando ocurra esa causa ocurrirá es efecto. Pero no podemos estar seguros de que ello vaya a ser así, porque no podemos tener impresiones de cosas que vayan a ocurrir en el futuro. En principio de causalidad, pro lo tanto, queda reducido a una cuestión de costumbre y creencia. De esta forma, Hume niega la posibilidad de conocer de forma cierta las tres sustancias cartesianas.

Ya en el siglo XVIII Inmanuel Kant, que empezó en su juventud siendo racionalista para posteriormente, en su madurez, aceptar muchas de las tesis del empirismo como consecuencia de su lectura de Hume, va a intentar establecer una síntesis entre las dos corrientes. Para empezar, Kant va a establecer una distinción entre conocimiento, pensamiento y entendimiento. Conocimiento, según Kant, es la síntesis entre la sensibilidad y el entendimiento. Es decir, para conocer algo es necesario captarlo a través de la sensibilidad y pensarlo por medio de las categorías del entendimiento. Pensamiento es la aplicación de las categorías del entendimiento, aplicación que se puede hacer tanto a objetos de los que se tenga experiencia sensible, y entonces los estaremos conociendo, como a objetos de los que no se tenga experiencia sensible, y entonces tan sólo los estaremos pensando, pero no los conoceremos. Por último el entendimiento es aquella facultad humana que fabrica y almacena conceptos. De esta forma Kant está asegurando que es posible pensar objetos que no se conocen, puesto que no se tiene experiencia sensible de ellos, pero que todo lo que se conoce necesariamente ha de ser pensado, pues para conocer algo es necesario aplicar las categorías del entendimiento a la experiencia sensible. De esta forma niega la postura racionalista, donde el sólo pensamiento otorga

conocimiento, y la postura empirista, donde el conocimiento proviene exclusivamente de la experiencia sensible, unificando ambas.

Uno de los objetivos fundamentales de Kant es establecer si la Filosofía puede ser una ciencia. Kant había observado que, mientras que la ciencia newtoniana había dado respuestas a todos los problemas que se había planteado, la Filosofía llevaba veintitrés siglos discutiendo los mismos problemas sin encontrar una solución. Por eso si la Filosofía quiere ser capaz de otorgar algún tipo de conocimiento cierto, de dar respuesta a sus problemas, debe convertirse en ciencia. La conclusión a la que Kant va a llegar es la siguiente: la Filosofía no es no puede ser una ciencia. Y ello porque desde siempre se ha ocupado de objetos de los que no se tiene experiencia sensible (los llamados noúmenos). Ha pensado sus objetos, pero no los ha conocido. Ahora bien, puesto que la Filosofía es la disciplina de la Razón y la Razón tiende siempre a lo incondicionado, a aquello que está más allá de los límites de la experiencia, la Filosofía no podrá ser nunca una ciencia. El campo que le queda entonces a la Filosofía es de la investigación moral, el de la ética, pues la moral se fundamenta en el uso práctico de la razón, en averiguar cómo nos debemos de comportar, y no en el uso teórico, en saber qué podemos conocer. De esta forma, aunque determinados objetos no puedan ser conocidos desde el uso teórico de la razón, si que pueden ser demostrados en el uso práctico de ésta, que no se ocupa del conocimiento sino del comportamiento moral. Es en la ética, entonces, dónde la Razón puede cumplir su tendencia a lo incondicionado.

La Filosofía por tanto no puede ser una ciencia porque no tiene experiencia sensible de sus objetos: no los conoce. Otro de los objetivos del pensamiento de Kant va a ser, entonces, determinar cuáles son las condiciones que hacen posible el conocimiento. Como ya hemos visto, el conocimiento es la síntesis entre la sensibilidad y el entendimiento, de tal manera que las condiciones que lo hacen posible, serán aquellas que hagan posible la sensibilidad y el entendimiento. La sensibilidad es posible gracias a lo que Kant llama “condiciones trascendentales de la sensibilidad” que son el espacio y el tiempo. Siempre que se tiene experiencia sensible de un objeto es necesario que éste se de en el espacio y en el tiempo. El entendimiento es posible gracias a las “condiciones trascendentales del entendimiento” que son los doce conceptos puros o categorías. Tanto unas como otras son trascendentales, es decir, son universales y necesarias (todo el que conozca conoce igual), son a priori (independientes de la experiencia) y posibilitan e conocimiento.

Según Kant, por lo tanto, para conocer algo es necesario que ese algo se presente o se de a la sensibilidad. Lo que se presenta a la sensibilidad son los fenómenos y la existencia del fenómeno supone la existencia de algo que lo sustenta, que no se presenta a la sensibilidad y que por lo tanto no se puede conocer: el noumeno o cosa en sí. Aunque todo nuestro conocimiento sea conocimiento de fenómenos el ser humano no conoce éstos tal y como se aparecen, sino que los transforma en objetos de conocimiento. Y lo hace porque, a la hora de conocer, el sujeto no percibe sin más los fenómenos –como pensaba Hume- sino que además pone algo en ellos y al poner ese algo es cuando estos se convierten en objetos y son conocidos. Lo que el sujeto pone en los fenómenos son las condiciones trascendentales, tanto de la sensibilidad como del entendimiento. Es por esto que se dice que Kant efectúa un giro copernicano en la filosofía. De la misma manera que Copérnico afirmó que no es el Sol el que gira alrededor de la Tierra, sino al contrario, Kant nos está diciendo que, en la relación de conocimiento, el centro no es el objeto, sino el sujeto. El conocimiento gira alrededor de éste y no del objeto.

c) El conocimiento en la Filosofía contemporánea.

Posiblemente los dos movimientos fundamentales dentro de la Filosofía contemporánea sean el neopositivismo y la filosofía analítica y la hermenéutica (sin olvidar la fenomenología de la que nos ocuparemos en el siguiente tema). Vamos a referirnos, por tanto, a estos dos movimientos a la hora de analizar qué se entiende por conocimiento en esta época.

Para los neopositivistas –cuyo máximo representante puede ser considerado Bertrand Russell y los pensadores encuadrados dentro del Círculo de Viena- la cuestión a tratar no es tanto la del conocimiento como el significado del lenguaje. Siguiendo lo que se conoce como “criterio verificacionista del significado” estos autores consideran que el significado de un término o una palabra es el referente empírico o el objeto al que éste término se refiere. Así, el significado de la palabra “mesa” sería el objeto “mesa”. Nótese bien que no se dice que el significado del término mesa sea “tablero con cuatro patas” porque entonces estaríamos describiendo el objeto y habría que determinar el significado de los términos “tablero” y “patas” y así hasta el infinito. En rigor, la única forma de determinar el significado de un término sería señalar empíricamente el objeto al que hace referencia. En todo caso, si una palabra no tiene un referente empírico entonces, según este criterio de significado, esa palabra no tiene significado y por lo tanto no tiene sentido enunciarla. De la misma forma que Kant había afirmado que no se puede conocer aquello de lo que no se tiene experiencia sensible, los neopositivistas afirman que no se puede dar significado a

términos que no se refieran a un objeto sensible. Ahora bien, la Filosofía utiliza constantemente términos de este tipo (Dios, libertad, sustancia, esencia, etc) de tal forma que, según estos autores, el lenguaje filosófico, y la Filosofía en sí misma, no tendría significado.

El filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein fue el principal discípulo de Russell. Aunque en una primera época de su pensamiento –recogida en una de sus obras fundamentales, el *Tractatus Lógico-Philosophicus*, siguió los postulados del neopositivismo, en una segunda época –marcada por su libro *Investigaciones Filosóficas*- se va a apartar de estas ideas, dando lugar a la corriente conocida como “Filosofía Analítica”. En esta segunda época de su pensamiento Wittgenstein va a afirmar que el significado de un término no es el objeto al que se refiere, sino que viene determinado por lo que la comunidad de hablantes entienden cuando enuncian ese término. De esta forma Wittgenstein introduce el concepto de “Juego de lenguaje”. Las distintas comunidades de hablantes utilizan determinados juegos de lenguaje, que están edificados, como cualquier juego, sobre una serie de normas, y son estas normas las que dan significado al lenguaje que utilizan. De esta forma, todos los miembros de una comunidad de este tipo entenderán el significado de las palabras que utilicen al comunicarse entre ellos, aunque sujetos ajenos a esta comunidad no los entienda. Puesto que el lenguaje filosófico es aquél que es hablado por una determinada comunidad de hablantes, serán sus miembros los que den significado a sus términos, aunque aquellos que estén fuera de esta comunidad no entiendan este significado.

La Hermenéutica surge en el siglo XVII de la mano del filósofo holandés Baruch de Spinoza y se desarrolla en el siglo XIX gracias sobre todo a la figura de Schleiermacher. La Hermenéutica, en esta primera época, es entendida como el arte de interpretar textos. De hecho, el término “hermenéutica” procede del dios griego Hermes, el mensajero de los dioses, es decir, aquél que interpretaba para los hombres los designios de aquellos. Sin embargo, no es hasta el siglo XX, de la mano fundamentalmente de Martin Heidegger y posteriormente de Paul Ricoeur y Hans Gorg Gadamer, que la hermenéutica se va a convertir en una disciplina filosófica propiamente dicha. La idea fundamental de la hermenéutica contemporánea es la religión, el arte, la cultura, la naturaleza, en definitiva, toda la realidad es un texto, y por lo tanto su conocimiento sólo puede venir dado por su interpretación. Aún así, existen divergencias entre los distintos autores. Así, mientras que para Gadamer el conocimiento de la realidad viene dado por una comprensión de ésta a partir de los prejuicios o juicios previos del sujeto, para Ricoeur la labor fundamental es una

interpretación de los símbolos que componen esta realidad y que ocultan el sentido y la verdad de ésta.

3.- EL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO.

El conocimiento científico es una de las muchas formas que tiene el ser humano de relacionarse con la realidad que le rodea. Aparte de éste y del conocimiento filosófico se podría hablar del conocimiento histórico, el artístico o el religioso. Sin embargo el conocimiento científico tiene una característica que le diferencia del resto y le convierte en una forma privilegiada de conocimiento. El hecho de que la ciencia use adopte las matemáticas como lenguaje hace que sólo ella sea capaz de ofrecer una verdad objetiva y segura que puede ser comprobada y sometida a verificación. El resto de los conocimientos tan sólo ofrecerían verdades relativas y parciales, en el mejor de los casos, o se quedarían en la simple creencia, como el conocimiento religioso.

La ciencia opera por medio de métodos científicos. Un método es el camino o la manera en que la ciencia alcanza sus descubrimientos. Existen dos métodos científicos fundamentales. El método inductivo y el método hipotético-deductivo.

El método inductivo fue introducido por Aristóteles, reformado por Francis Bacon y llevado a su máxima expresión por Isaac Newton. Este método consta de tres fases. Una primera fase de observación, en la cual se recopilan por medio de la experiencia empírica el mayor número de datos relevantes para el problema. Una segunda fase sería la generalización. Una vez recopilado un número relevante de hechos se generalizan y se aplica la observación a todos los fenómenos posibles. La tercera fase sería la enunciación de una ley, de tal forma que las regularidades que se han observado en la naturaleza son convertidas en una ley universal y necesaria. Este método tiene dos problemas. El primero es evidente: nunca podremos estar seguros de haber observado todos los hechos relevantes. El segundo fue enunciado por Hume y supone un golpe a la idea de que las verdades científicas son siempre verdaderas. Siguiendo su crítica a la causalidad, Hume va a decir que nunca podremos estar seguros de lo que va a ocurrir en el futuro, pues los hechos futuros no pueden ser captados por experiencia empírica. Esto supone la negación de la tercera fase del método: nunca podremos estar seguros de que una ley que proviene de la observación de hechos presentes y pasados es universal y necesaria, es decir, es válida para el futuro. De esta forma la ciencia puede explicar los hechos, pero no puede predecirlos.

El método hipotético-deductivo fue utilizado por Galileo y consta de cinco fases. La primera es determinar el problema que se pretende estudiar; la segunda es elaborar hipótesis que den respuesta a ese problema; la tercera extraer las consecuencias de esas hipótesis, es decir, deducir que es lo ocurriría en la naturaleza si las hipótesis fueran ciertas; la cuarta es la fase de contrastación: realizar el experimento y ver si en la realidad se cumplen las consecuencias de las hipótesis; la quinta es la enunciación de una teoría: si las hipótesis son ciertas entonces éstas se convierten en una teoría. Si no lo son, entonces hay que desecharlas y elaborar otras nuevas. El principal problema del método hipotético-deductivo radica en la cuarta fase, la de contrastación. Tradicionalmente se utilizó como método de contrastar las hipótesis la verificación: Una hipótesis era cierta si sus consecuencias se daban en la realidad, es decir, si era verificable en la realidad. La verificación está sometida a las mismas objeciones que el método inductivo, pero lo que en el siglo XX el filósofo de la ciencia Karl R. Popper, propuso un nuevo método de contrastación: la falsación. La falsación es lo contrario de la verificación. Ya no se trata de encontrar hechos que verifiquen la hipótesis, sino de encontrar hechos que vayan en contra –falsen- la teoría. Mientras éstos hechos no se encuentren la teoría puede ser considerada verdadera. Según Popper la falsación ofrece dos ventajas fundamentales sobre la verificación. La primera es de orden práctico. Mientras no se halle un hecho que false una teoría ésta puede considerarse verdadera y se puede trabajar con ella, cosa que no ocurre con la verificación que estrictamente obligaría a estar comprobando la teoría constantemente, pues en cualquier momento podría aparecer un hecho contrario a ésta. La segunda ventaja es de orden lógico. Lógicamente hablando la verificación sería falsa, mientras que la falsación sería verdadera. Según Popper la verificación respondería a la regla lógica del *modus ponens*, que se enunciaría de la siguiente manera: si se da el antecedente, se da el consecuente; se da el antecedente, luego se da el consecuente ($p \rightarrow q$, p , luego q). Ahora bien, la verificación afirmaría que si una hipótesis es cierta entonces se darán unas determinadas consecuencias, se dan las consecuencias, luego se da la hipótesis, lo que en notación lógica será $H \rightarrow C$, C , luego H , que es un error lógico. Sin embargo, la falsación respondería a la regla del *modus tollens*, que se enuncia así: si se da el antecedente se da el consecuente, no se da el consecuente, luego no se da el antecedente ($p \rightarrow q$, $\neg q$, luego $\neg p$). Según la falsación si la hipótesis es cierta se dan unas consecuencias, no se dan las consecuencias, luego la hipótesis no es cierta, que en notación lógica sería $H \rightarrow C$, $\neg C$, luego $\neg H$, lo que es lógicamente correcto. Popper concedía tanta importancia a la falsación que llegó a afirmar que una teoría que no se pudiera falsar no era una teoría científica. Es por ello que las proposiciones filosóficas, que no son falsables, no pueden ser científicas.

PREGUNTAS.

- 1.- ¿Cómo y por qué surge la Filosofía?.
- 2.- El paso del mito al logos.
- 3.- ¿Qué es el Logos?.
- 4.- Si el movimiento es paso del ser al no ser, ¿cómo puede Aristóteles afirmar su existencia?.
- 5.- ¿Cómo demuestra Descartes la existencia de Dios?.
- 6.- ¿Cómo demuestra Descartes su propia existencia?
- 7.- ¿Cómo demuestra Descartes la existencia del mundo?.
- 8.- ¿Por qué Hume dice que nuestro conocimiento del mundo se fundamenta en la costumbre?.
- 9.- Según Kant, ¿se puede pensar lo que no se conoce?.
- 10.- ¿Por qué para Kant la Filosofía no puede ser una ciencia?.
- 11.- Según Kant, ¿qué es lo que hace posible el conocimiento?
- 12.- ¿Por qué se dice que Kant efectúa un giro copernicano en la Filosofía?.
- 13.- ¿Quién y por qué dice que la Filosofía no tiene significado?.
- 14.- ¿Qué es un juego de lenguaje?.
- 15.- ¿Qué es la hermenéutica?.
- 16.- ¿Qué relación existe entre los modelos científicos y los métodos científicos?.
- 17.- ¿Cuáles son los principales problemas del método inductivo?
- 18.- ¿Qué ventajas ofrece la falsación sobre la verificación?.